

(106)

últimamente , que es preciso obrar  
con juicio y moderacion para no  
comprometerse temerariamente u-  
nos y otros hasta el extremo de  
perder los bienes , la vida y el ho-  
nor.

NOVELA.

EL PESCADOR:

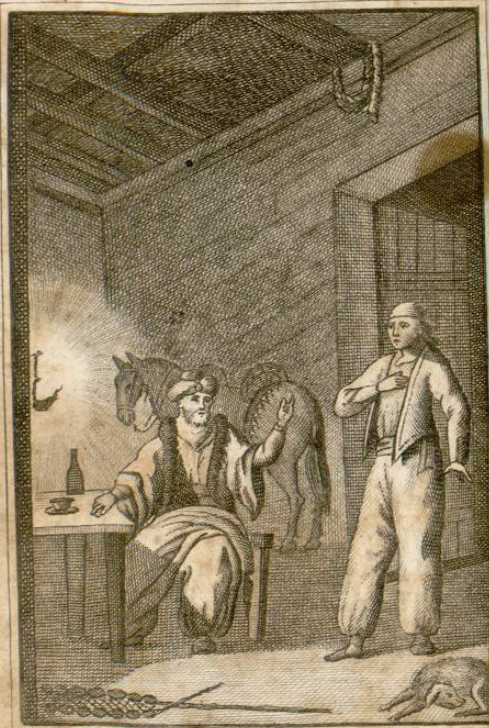
Ó RASGO DE NOBLEZA

DE MANSOR,

REI DE MARRUECOS.

NOTA  
EL TERCERO  
O MASO DE NOTER  
DE NINON  
EST DE MIRECOS

J. Barrella  
Montevideo



*¿Y qué mayor bien puedo esperar de mi -  
Rey que la recta administración de justicia?*



Considerando que la crueldad referida en las historias precedentes puede haber ocasionado mucha pena y dolor á mis lectores sensibles y humanos, y sabiendo al mismo tiempo que aquel que usa siempre de un mismo manjar, por delicado que sea, viene al fin á empalagarse y desecharle, voi por estas razones á cambiar ahora de asunto, dejando por un poco de tiempo las muertes, los degüellos, las desesperaciones y los accidentes trágicos ocurridos en el mundo,

(110)

sean efecto de amor, sean de codicia, de venganza ó de celos de un amante ó de un marido, convirtiendo mi estilo en otro asunto mas lisonjero que pueda servir de instruccion y ejemplo para seguir la virtud, y evitar el peligro de cometer aquellas faltas de gran consecuencia que denigran al hombre y le hacen perder su reputacion. Si los contrarios se conocen por lo que tienen de diferente naturaleza, la villanía de una crueldad se distinguirá y resaltará con mas horror y fealdad comparada con la nobleza de una accion, y será condenado el rigor cuando los grandes personajes no traten de ganar el corazon de los inferiores con dulzura y generosidad. Asi,

(111)

pues, la grandeza del hombre constituido en dignidad y que ejerce un poder sobre otro, no consiste en mostrarse duro é inexorable, pues esta conducta solo es propia de los tiranos; á mas de que todo el que es temido por tal, es consiguiente que sea aborrecido, detestado y abandonado de todo el mundo. Asi es que vemos por la historia, que los príncipes que han aspirado á grandes conquistas, se han abierto el camino de ellas mas por su benignidad y condescendencia, que por el furor de las armas, estableciendo los cimientos de su grandeza por estos medios mas sólidos y durables, que los que llevando tras sí la desolacion y la crueldad, han saqueado pueblos, arruinado ciu-

dades, despoblado provincias y empapado la tierra con la sangre de aquellos que no ha perdonado el filo de la espada; pues sabido es que cuanta mas sujecion y rigor se hace sufrir por un gobierno á sus súbditos, mas se debilita el poder y el amor. Hé aqui, por qué Antigono, uno de los sucesores del grande Alejandro, que hizo temblar á todo el mundo solo con hacer oír su nombre, viendo que su hijo se mostraba mui arrogante y sin decoro con uno de sus vasallos, le reprendió severamente semejante comportacion; y entre las muchas espresiones que empleó para significarle su desagrado, se cuentan las siguientes: *Debes saber, hijo mio, que el estado de un Rei en*

*medio de tanto poder y opulencia no es mas que una esclavitud ilustre y noble.* Espresion verdaderamente sabia; pues á un Rei, aunque se vea rodeado de sus vasallos, haciéndole acatamiento con tanta obediencia y respeto, ¿qué le importa todo esto, si es el mayor esclavo de ellos con tantas responsabilidades, con tantas fatigas y desvelos? Solo es grande y feliz cuando es justo y humano para gobernar á los hombres. La esperiencia justifica esta verdad; asi es, que cuanto mas llano y mas justo es un Monarca, mayor es su gloria y su poder, haciéndose admirable á todos, y conquistando sus corazones. ¿Qué es lo que ensalzó mas la gloria de aquel Julio César, el

primero que destruyó el gobierno de los senadores romanos? ¿Fueron acaso las victorias ganadas sobre los galos y los bretones, y despues á los mismos romanos que seguian á Pompeyo? Todo esto contribuyó mucho; mas no fue la causa principal de su engrandecimiento, pues lo que le dió mas lustre y prosperidad fue su clemencia y generosidad con todo el pueblo, mostrándose favorable hasta con aquellos mismos que sabia eran sus enemigos. Sus sucesores, como Augusto, Vespasiano, Tito, Marco Aurelio y Flavio, merecieron igual título de clementes. Don Rodrigo de Vivar, el valiente español llamado Cid, usó de la mas admirable generosidad con Pedro

de Aragon, despues de haberle batido y hecho prisionero, dejándole marchar sin rescate y sin apoderarse de ninguna de sus fortalezas, queriendo mas ganar á este Rei con beneficios, que quitarle la vida y grangearse el sobrenombre de cruel.

La historia que voi á referir, fue compuesta por un italiano llamado Nicoloso Baciadosie que se hallaba en Africa para traficar en la tierra de Oran, donde los genoveses y españoles hacian antiguamente mucho comercio, por ser un pais mui bueno, bien poblado, y donde los hombres, sin embargo de ser un pueblo bárbaro, estan bastante civilizados, pues usan de mucha consideracion con

los extranjeros, y parten generosamente sus bienes con los pobres, teniendo muchos hospitales donde reciben á los enfermos ó menesterosos, y los tratan con dulzura y benignidad. Con esta política y humanidad los franceses se complacen en escribir los sucesos de su tiempo, y forman memorias muy curiosas; lo cual fue causa de hallar esta historia registrando sus crónicas, que estan en caracteres arábigos, como la mayor parte de sus escritos, de la que el célebre Bándel, de cuyas obras yo la he extractado, confiesa haber sacado una copia de la que tomaron del original los comerciantes genoveses; y el motivo de haberla copiado con tanto interes aquel autor,

parece fue el de haber dado margen esta historia á construirse una ciudad magnífica en aquella provincia, que en su lengua se llama Cesar Elcabir, que quiere decir gran palacio. No diré que esta historia sea de una particular importancia, pues nuestros reyes tienen frecuentemente acciones mas interesantes; pero puede tenerse como cosa rara y extraordinaria, si se mira á las personas y al pais donde jamas residió la atencion ni la urbanidad, y donde la naturaleza ha producido mas mónstruos que hombres dignos de elogio.

Este gran Rei, pues, llamado Mansor, era no solo señor temporal del pais de Orán y Marruecos, sino tambien (como se dice del

Preste Juan) Obispo en su lei y Preste mahometano: el mayor placer de este Príncipe era la caza; y de tal manera se distraia algunas veces en ella, que tenian que poner tiendas de campaña en medio de los desiertos para pasar la noche, y volver á repetir al amanecer la misma ocupacion; de manera, que ni la servidumbre ni las caballerías tenian un momento de reposo; mas en medio de esta estremada pasion no abandonaba sus deberes, pues la primera diligencia todos los dias era la de escuchar las quejas de sus vasallos, y administrarles justicia; en lo que tenia tanto placer, como en varias partes le tienen algunos magistrados en sacar provecho de la

autoridad que se les ha confiado, en lugar de dár á cada uno lo que de derecho le pertenece; y por esta corrupcion y codicia insaciable suelen ser mal servidos los Reyes, el pueblo sacrificado, y los malos vivir impunes y sin temor, porque no hai mancha, por grande que sea, que no se lave y se borre con la sagrada infusion con que Júpiter (segun fingen los poetas) corrompió á la hija de Acrisio encerrada en la torre. Hombres muchos hai que son justos; pero tampoco faltaron por desgracia otros que fueron venales, y se rindieron al imperio de un metal que no una vez sola tuvo subyugados bajo su dominio á muchos. Mas volvamos á nuestra historia, para no enojar



con digresiones al benigno lector, que debe sufrir inquietud cuando nos distraemos de nuestro intento. Este amable Rei pues, Mansor, se fue un dia hácia las lagunas inmediatas á la ciudad de Asela para tener mas libre el camino de las islas Molucas, que la mayor parte eran del Rei su señor; y estando persiguiendo un oso con el mayor teson, empezó á oscurecerse el dia, y se levantó una gran tempestad con tal viento y niebla, que la comitiva se extravió por un lado, y el Rei por otro, sin saber el camino que habia tomado ni á donde podria retirarse para guarecerse del huracan y de la lluvia furiosa que no se habia visto igual jamas. El Rei hubiera mui bien

querido ir tan bien acompañado como el troyano Eneas, cuando hallándose en igual situacion, se vió forzado á entrar en una gruta con su Reina Dido, donde concluyó los juegos de su desgraciado enlace: pero Mansor, sin compañía ni gruta, marchaba errante por aquellos desiertos, y no con poco temor de perder su vida entre tantas fieras como le rodeaban, sin saber cómo hallar á sus vasallos; y lo que mas le incomodaba, era, que estando solo y sin guia, aunque bien montado, no podia resolverse á pasar al otro lado por el justo temor de ahogarse: por un lado tenia rayos y centellas entre truenos espantosos, y relámpagos que continuamente le ofuscaban la vista del

otro; además le aterraban el ahullido y bramidos de las fieras, y el horror que le infundía un camino que no conocía, ni era posible distinguir inundado por las aguas que corrían como ríos, y le obligaban ya casi á nadar. No hai que dudar que en tal trance se acordaría de las oraciones y súplicas á su gran Profeta honrado en la Mecca: se lamentaba de su triste situación, acusando á la fortuna y mas aun á su locura de darse tanto á la caza para alejarse y verse en tierra estraña: algunas veces se irritaba y vomitaba mil improperios contra su servidumbre, amenazando á muerte á los de su guardia, aunque despues de serenarse y dando lugar á la razon, conocia

que el tiempo y no su comitiva era la causa de esta desgracia: llegó á creer que su Profeta era el que le enviaba aquella tempestad tan furiosa por algun pecado, reduciéndole á un estado tan peligroso para hacerle arrepentir y corregir sus faltas: con este motivo elevaba sus ojos al Cielo y hacia mil gestos mahometanos; pero cuando mas fija tenia su vista en el Cielo, se la hacia bajar un relámpago horroroso; y aun se aumentó su terror, cuando vió por último llegar la noche, la que con la oscuridad de su manto le detuvo los pasos y el medio de seguir su camino, poniéndole en tal confusion, que hubiera dejado en aquel momento muy gustoso la afi-

cion á la caza y á la compañía de su servidumbre por salir del peligro en que se hallaba. Mas Dios, que cuida siempre de las almas rectas, aunque infectas del error, y que hace brillar el sol para todos, le suministró un medio de salvarse de esta manera. Estando, pues, el Rei africano en tan funesto trance y sin esperanza alguna, vió no mui lejos un poco de claridad que salia como de una ventana mui pequeña: se acerca algunos pasos lleno de temores, y advierte ser una especie de gruta ó cabaña en medio de aquel desierto pantanoso, que le causó el mayor placer, cual es de imaginar, particularmente de aquellos que se hayan visto en semejante conflicto; pues

habiendo sido asaltado por los vientos, la lluvia, el granizo, los relámpagos, los truenos y los rayos, rodeado de lagunas y torrentes impetuosos de los rios que atravesaban el camino, creyó haber hallado un paraíso con el dichoso encuentro de aquella cabaña infeliz: era el albergue de un pobre pescador que vivia y mantenía á su muger y á sus hijos de las anguilas que pescaba en aquellas grandes marejadas. Mansor, apenas llegó á la puerta de este magnífico palacio, cubierto de carrizos y de barro, llamó, y nadie respondió la primera vez á este Príncipe, que estaba haciendo la centinela en una pobre cabaña con mucha paciencia; hasta que viendo no acudían

(126)

á saber quien llamaba, repitió su aviso en alta voz; y entonces el pescador, pensando fuese alguna vivandera de aquellas á quienes vendia su pesca, ó algun extranjero que se hubiese extraviado, salió al momento de su choza, y viendo un personage bien montado y ricamente vestido (aunque le tuviera por su señor á tener alguna idea de su persona), se figuró que seria algun caballero de la corte; y por lo tanto, le dijo: ¿qué aventura, señor, os trae á este parage tan desierto y solitario? ¡me admiro de que no os hayais ahogado mil veces en los precipicios y abismos de estas lagunas! — Dios, respondió Mansor, es quien ha cuidado de mí, y no ha querido que pe-

(127)

rezca sin hacer mas bien que el que he hecho hasta aquí. — En efecto, parecia pronosticar lo que sucedió; pues se dirá que Dios envió espresamente aquella tempestad para bien del pescador y alivio de toda la comarca, y que el extravío del Rei fue cosa ya determinada por el Altísimo para hacer cegar aquellas lagunas y pantanos, y limpiar todo aquel pais de la inmundicia de que estaba inundado. Iguales accidentes han ocurrido á otros príncipes, como á Constantino cerca de la nueva Roma, quando hizo cegar tambien ciertas lagunas para construir sobre ellas un templo hermoso y suntuoso en honor y memoria de la Virgen bienaventurada, que dió

á luz la salud del mundo. Pero dime, buen hombre, le dice el Rei, ¿no serás tú capaz de enseñarme el camino de la corte y el parage donde el Rei se retira? Porque de buena gana, si fuese posible, iria yo allá. — En verdad, dice el pescador, que no es tan fácil ni tan breve; pues de aquí al palacio del Rei hai mas de diez leguas, y necesitais para llegar mas de un dia. — Pues mira, una vez que tú sabes el camino, repuso Mansor, hazme el favor de conducirme, y te aseguro que á mas de quedarte eternamente agradecido, te trataré de una manera singular que no te quede acaso que desear. — Señor, dice el pescador, ya veo yo que vos sois un hom-

bre de bien, y por lo tanto os suplico echeis pie á tierra y paseis aquí la noche, porque ya es tarde, y el camino de aquí á la ciudad no es bueno. — No, no, dijo el Rei: es preciso, si ser puede, que yo vaya adonde el Rei se retira, con que hazme el favor de servirme de guia; pues te haré ver que no soi ingrato con los que me sirven. — Si el rei Mansor, responde el pescador, estuviese aquí en persona y me hiciese igual proposicion que la vuestra, no seria yo tan temerario ni tan tonto que me resolviese á llevarle hasta su palacio sin arriesgarme mucho á estas horas. — ¿Por qué, repone el Rei? — ¡Cómo! ¿por qué decis? Porque las lagunas son tan peligrosas, que